

pero decidle : « Comed y rebed cuanto necesiteis, porque la Providencia os lo envía ; pero en gracia os ruego que os abstengais de las conversaciones que teneis. De dos cosas, añadió sin Arsenio, conseguireis una ; ó accederá á vuestras suplicas y así se corregirá ; ó, si no quiere acceder, á buen seguro que él mismo pedirá retirarse. » El abad Lot á su vuelta no se descuidó de decir al anciano lo que le había recomendado San Arsenio, y sucedió lo que el santo había previsto. El anciano encaprichado en sus errores no quiso corregirse, y rogó á su caritativo huésped que le permitiera el marcharse, porque, decía, no podría sufrir más los fastidios de la soledad. Así Lot se vió libre de él sin que tuviera que reprocharse el haber faltado á la caridad con el anciano.

El mismo abad Lot manifestó la dulzura de su caridad en otra ocasión, en la cual no se trataba de ejercer la caridad en un cuerpo de un anciano consumido por la enfermedad, pero sí en un pecador que estaba á punto de caer en la desesperación. Estaba en su celda cuando un hermano fué á encontrarle con el pretexto de conferenciar con él ; pero este hermano estaba tan agitado por los remordimientos de su conciencia, que en lugar de sentarse, y de entrar en conversación, no hacía más que entrar y salir como un hombre que está violentamente agitado. Sorprendido el abad Lot le dijo : « ¿ Qué teneis ; hermano mio ? » — « ¡ Ah ! he cometido un horrible pecado ; y no me puedo determinar á declararlo á ningun de los ancianos. » Lot conmovido por su situación le replicó : « Aliviad, hermano mio, vuestra conciencia, y no os avergonceis en decirmelo ; yo me encargo de hacer con vos la penitencia. » Esta palabra pronunciada con su correspondiente dulzura, llenó de confianza á ese pecador, quien de repente le esplicó su crimen con todas sus circunstancias. Despues de esta confesión viendo el abad Lot su pesar, le dijo : « Tened confianza, espero

que Dios os perdonará vuestro pecado ; encerraos en la cueva ; de cada tres dias no comais más que en uno y por mi parte también haré penitencia por vos. Pasaron así tres semanas en oración y ayuno, y despues de este tiempo Dios reveló al abad Lot que había agradecido la penitencia de este hermano, quien se puso enteramente bajo su dirección obediéndole como á su padre espiritual hasta la muerte. El abad Lot tuvo un discípulo llamado Pedro, del cual sólo sabemos lo que dejamos dicho en la vida de San Pemén. De un abad Pedro se relata esta hermosa sentencia : Ne debemos exaltarnos cuando Dios se sirve de nosotros para alguna obra particular ; mas bien es necesario que le rindamos humildes acciones de gracias por dignarse llamarnos á su servicio ; y debemos tener los mismos sentimientos en cualquier virtud que practiquemos.

Había en el desierto de Raïthe un solitario llamado Pedro, cólega del abad Epimaco ; pero no es este el lugar oportuno para hablar de él.

---

#### ISIDORIO EL HOSPITALARIO, Y TEODORO EL THEBANO <sup>1</sup>.

La Iglesia hace memoria de un santo Isidoro al 15 de enero. Algunos autores dudan de que sea este el solitario del mismo nombre del cual habla Casiano, quien fué sacerdote y solitario de Secte, más bien que Isidoro el Hospitalario de Alejandría. Pero aquí seguiremos los Bolandistas quienes en tal día relatan la Vida del último.

Era egipcio, y desde su infancia reveló excelentes dis-

<sup>1</sup> Los Bolandistas -- Paladio -- Sozomeno, Sócrates.

posiciones para las ciencias junto con singular pureza de costumbres. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó á abrazar muy temprano la vida monástica. Se retiró á la montaña de Nitria, donde pasó muchos años con gran fervor en las laboriosas prácticas de la penitencia. Después que se hubo sólidamente cimentado en las virtudes de su estado, Dios lo sacó de allí para que con su ejemplo fuera á edificar á la Iglesia de Alejandía donde San Atanasio, que le ordenó de presbítero, lo agregó á su clero confiándole el cargo de *Xenodoco* ú hospitalario, cuyas obligaciones eran recibir á los peregrinos y pobres proveyendo á sus necesidades espirituales y temporales. En su nuevo empleo en nada se relajó su austera y penitente vida. Paladio dice de él que hasta su muerte jamás llevó lino, escepto la venda que los sacerdotes llevaban en la cabeza; que jamás se bañó, lo que en aquel país importaba un singular sacrificio; que nunca comió carne y que jamás se levantó de la mesa sin tener aún apetito. Pero, añade este autor, Dios le había dado tan buena complexión, que aquellos que ignoraban su genero de vida, facilmente lo hubieran tomado por hombre de comilonas. Por más duro que fuera consigo mismo, era en extremo dulce, apacible y obligado con todo el mundo, y su bondad le había ganado tan bien los corazones, que los mismos paganos, aunque fuesen enemigos de su fe, en él respetaban hasta el nombre. Estaba tan lleno de gracias espirituales y estaba de tal modo habituado en ocuparse de Dios por la lectura de la Letras santas, de las que tenía grandes conocimientos, que en las horas de comer, estaba trasportado en espíritu sin poder hablar ni moverse; y al preguntarle que le había sucedido en esa suerte de éxtasis, se contentaba en responder que su espíritu estando fuertemente aplicado á algunos pensamientos, se había dejado arrastrar.

Con dificultad se rendía á los necesidades del cuerpo y

con frecuencia estando en la mesa lloraba por tenerse que sujetar á una nutrición terrestre, pensando en las delicias inefables que Dios tiene reservadas á los santos allá en el cielo. « Me avergüenzo, dijo en cierta ocasión que le preguntaron porque lloraba así, de vivir de un alimento tan poco conforme á la razón, siendo como soy una criatura racional destinada á ser saciada allá en el paraiso de aquella ambrosia celestial que Dios hacer gustur á los espíritus bienaventurados. »

San Atanasio habiéndose visto obligado á ir á Roma para defenderse á si y á su Iglesia, de los arrianos, allí hizo conocer la excelencia del estado monástico por el escrito que allá llevó de la Vida de San Antonio, quien aún vivía. Allí este estado era más bien despreciado que considerado, por ser tenido como nueva profesión; mas la excelente idea que de él inspiró este Santo, hasta se introdujo entre las damas romanas, siendo santa Marcela la primera que lo abrazó, apesar de no salir de Roma.

No fué bastante para el celo de San Atanasio hacer conocer las ventajas por sus escritos y por la vida de San Antonio; sino que se llevó consigo algunos monjes quienes, con su edificante conducta confirmaban todo lo que él había dicho de ventajoso. Entre esos se distinguieron de un modo particular Ammonio y nuestro Isidoro. Ammonio era tan mortificado en sus sentidos que ninguno de los magníficos monumentos de esa gran Ciudad vió, y hombre de oracion como era, sólo visitó la iglesia de los Santos Pedro y Pablo.

En cuanto á Isidoro, por más que todavía joven, pues tendría entonces veintitres ó veinticinco años, se conquistó el aprecio de todo el senado y de las personas más distinguidas de Roma; y no salió de allí sino dejando gravada una grande idea de su mérito en los corazones de cuantos lo habían conocido.

A su vuelta vivió inviolablemente adherido á san Atanasio, defendiendo generosamente la memoria de éste despues de muerto, lo mismo que la causa de su fe, de la cual no se había separado. Le hacia partícipe de los sufrimientos de los católicos causados por las perturbaciones que los arrianos producian en Alejandria, se retiraba con frecuencia al desierto de Nitria, donde su corazón le conducía, sea por librarse del tumulto de la villa, sea por conservarse en el espíritu de retraimiento y mortificación que habia adquirido desde el principio de su profesión religiosa.

Esto duró hasta que Teófilo ocupó la sede de Alejandria. Desde luégo este obispo le demostró todas las señales de confianza y afecto que hubiera podido desear, si hubiese buscado la estimación de los hombres. Lo deputó para Roma, donde sabía que era bien conocido, para tratar el grande hecho de la reconciliación de san Flaviano de Antioquia con el papa San Dámaso y los Orientales; y cuatro años despues le confió otro asunto que le interesaba personalmente, el cual era muy delicado, aunque de menos utilidad.

Teófilo sintió el agradecimiento que le debía por uno y otro hecho, y su afecto hacia Isidoro aumentó en tanto grado que habiendo fallecido Nectario, patriarca de Constantinopla, trabajó, sin saberlo él, para colocarlo en esta sede; lo que sin embargo no consiguió, por haber sido elegido san Juan Crisóstomo. Mas este reconocimiento, tan sólido en apariencia, sólo duró mientras Teófilo creyó reportar en ello alguna utilidad, pasando luégo de este gran afecto á tan vivo resentimiento contra Isidoro, que encendió su venganza teniendo fatales consecuencias.

Isidoro en su conducta sólo miraba á Dios. Tenía un corazón recto y la conciencia timorata, y de ningún modo la sacrificaba á las consideraciones humanas; y siendo el hombre más obsequioso con todo el mundo, y más aun con

su prelado, á quien estaba obligado á respetar por deber, era incapaz de esas bajezas, que solo tienen cabida en las almas egoistas ó pusilámines, y que sólo se cometen á espensas de aquello que se debe á Dios y al propio honor.

Teófilo había concebido un tremendo odio contra el arcepreste de su iglesia llamado Pedro, y queriéndolo sacar, puso por pretexto que había admitido á la comunión una mujer maniquea sin que hubiese adjurado de su herejía. Pedro se defendió de esta acusación diciendo que él mismo la había reconciliado con la Iglesia, y que bajo este ejemplo la había admitido á la comunión.

Teófilo negaba este hecho diciendo que ninguna noticia de ello tenía; mas Pedro citó á Isidoro como testigo de lo que él proponía, é Isidoro, ausente entonces, siendo á su regreso llamado por Pedro para atestiguar la verdad, lo hizo tal como debía, librando á Pedro de la calumnia; lo que ofendió infinitamente al patriarca.

La segunda querrela fué cuando Pedro é Isidoro no quisieron atestiguar que la hermana de este obispo había sido instituida heredera por un testamento, lo que no podian hacer sin faltar á la verdad. En fin, lo que acabó de colmar la animosidad de Teófilo contra Isidoro fué que una cualificada viuda entregó á este mil sueldos de oro, y le hizo jurar por la tabla sagrada que de ello compraria vestidos para los pobres de la villa, sin decirlo á Teófilo; porque ella sabía que este tenía la manía de edificar, y que si podía tener esta suma á su disposición, no faltaria en emplearla en construcciones inútiles que él hacía en la iglesia, y los pobres se verian privadas de ellas.

Isidoro empleó fielmente este dinero según las intenciones de aquella caritativa señora; mas Teófilo, quien por todas partes tenía espías, no pasó mucho tiempo sin saberlo. Lo hizo llamar, y al momento con fingida dulzura le preguntó que había sobre el particular. Isidoro respon-

dió según su integridad ordinaria confesando la cosa. Teófilo se irritó; pero disimuló su resentimiento tomando sus medidas para vengarse. Pero no podía hacerlo por una acción que sólo merecía alabanzas: su artificio, pues, fué una vil calaurnia.

Dos meses despues reunió su clero, entre el cual también se encontraba Isidoro; se dirigió á este y sacacando un papel, le dijo: « Há ya dieciocho años que recibí esta memoria contra de vos, pero mis ocupaciones me la hicieron olvidar; por casualidad la he encontrado hojeando otros papeles; á vos, pues, os toca responder á la acusación que contiene. » Nada menos que se trataba de un horrible crimen; mas Isidoro seguro de su inocencia, no se desconcertó, é hizo recaer, por su justificación, toda la fealdad de la impostura sobre Teófilo: « Si ello es verdad, respondió Isidoro, que vos recibisteis esa memoria y que la olvidasteis entre vuestros papeles, cómo es que aquel que os la habia entregado, no la ha repetido? » — « Se había embarcado, respondió Teófilo. »

— « Pero, replicó Isidoro, podía haberlo hecho despues de su regreso, despues de un año, de dos, de tres; en una palabra; si está presente, que venga, que reconozca su memoria y él mismo que se constituya en acusador. » Teófilo así apretado no se atrevió á pasar adelante, suspendiendo la cuestión para otro dia; y en este intervalo conquistó un hombre joven para acusar á Isidoro, dándole por eso quince sueldos de oro. Este los llevó á su madre, la cual, sea por un principio de conciencia, sea por temor que Isidoro la persiguiese como calumniadora delante el gobernador, fué á encontrarle, y le explicó todo el artificio de Teófilo. El joven temiendo por otra parte las leyes y el resentimiento del patriarca, se refugió en la iglesia, é Isidoro se contentó con retirarse á su casa en silencio y entregarse á la oración; mas Teófilo no por eso abandonó el deseo de

vengarse. Hizo con su autoridad lo que no podía por una sentencia dada en forma. Condenó ocultamente á Isidoro expulsándolo de la Iglesia, con el vago pretexto de un crimen que el decoro no le permitía esplicar.

Isidoro tan injustamente condenado y contra toda regla, creyó que en Alejandría para él no había seguridad, y aún temiendo que Teófilo atentase contra su vida, tomó la resolución de irse á la montaña de Nitria, donde, como que ya tenía más de ochenta años, se propuso emplear el poco tiempo que le quedaba de vida en los ejercicios de los solitarios, y allí en paz y silencio esperar el gran dia en el cual Dios debe descubrir las consciencias de todos los hombres.

Los monjes de esta montaña le recibieron con grandes demostraciones de afecto, y se propusieron hagenciar su conciliacion con el patriarca; pero tampoco tardaron en sentir ellos mismos los efectos de su venganza. Les consideró como criminales por haber recibido á Isidoro entre ellos, y sin moderación alguna les hizo una guerra sangrienta.

Nosotros no entraremos en detalles sobre esta tragedia, la cual se puede ver por estenso en la Historia eclesiástica, y aquí sólo formaría una digresión inútil. Diremos solamente que Isidoro buscó un asilo contra la persecución de Teófilo cerca de san Juan Crisóstomo y que murió en Constantinopla el año 403, de edad de ochenta y cinco años<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Nosotros no podemos ver el argumento que nos demuestra que Isidoro el Hospitalario se hubiese enredado en los errores de Orígenes, por más que en otra parte hayamos dicho que este es el que fué acusado de ello, y no el abad Isidoro superior del monasterio de la Tebáida. Mas no disculpamos de ese error á algunos solitarios de la Nitria á quienes Teófilo persiguió como origenistas. La falta de este patriarca fué haber buscado satisfacer su venganza contra Isidoro más bien que castigar su error; el haber envuelto en un mismo castigo inocentes y culpables; de haber en el fondo querido satisfacer su odio; no habiendo podido manifestar las razones por no ser ellas legítimas; el haber hecho servir el origenismo de algunos solitarios por pretexto de su ven-

Paladio dice que, por más que fuera muy rico, al morir no testó. No dejó dinero, ni dió algo á sus hermanas que eran vírgenes y vivían en un monasterio, contentándose con recomendarlas á Jesucristo con estas palabras: « El Dios que os crió, proveerá en vuestras necesidades, como le plugo hacerlo en las mias. » En el monasterio donde estaban sus hermanas habían setenta religiosas.

Paladio dice también que él era joven cuando tuvo la dicha de conocer á Isidoro, de edad entonces de setenta años; que se dirigió á este para instruirse en la vida religiosa, y que conociendo Isidoro que en las efervescencias de la juventud no eran tan necesarios los discursos como el ocuparse en sujetar el cuerpo al espíritu por medio de la mortificación, lo condujo á un lugar conocido por las *Celdas* de los solitarios, distante de la villa cinco tiros de piedra, lo confió á un anacoreta llamado Doroteo, ordenándole que viviera tres años bajo su disciplina: pasado

ganza, tanto contra los inocentes como contra los culpables. Por otra parte, la conducta que el santo Crisóstomo observó para con los solitarios que buscaron en él un refugio, en frente de los cuales estaba Isidoro; el anatema que ellos fulminaron contra la herejía de que se les acusaba; la manera como, despues de una pequeña sumisión, Teófilo se reconcilió con ellos en Calcadonia durante el consilio de Chena, en donde los restableció en la comunión de la Iglesia, sin entrar en discusión de su fe, ni hablar siquiera de los libros de Orígenes; todo esto es un fuerte prejuicio en favor de estos solitarios? En fin, si el Isidoro, de quien venimos hablando, es aquel del cual hace memoria la Iglesia en 15 de enero, de ningún modo se podrá dudar de la pureza de su fe y de su inocencia. Y si bien es verdad que sobre eso san Gerónimo es contrario de nuestro parecer; también lo es que, por más que nosotros respetamos infinitamente el celo de este gran Santo en defender el dogma contra los errores de Orígenes, en esto pudo fácilmente ser sorprendido con motivo de aquellos que Teófilo acusaba, y comprender bajo una misma acusación tanto á los solitarios inocentes como á los verdaderos origenistas: pues este santo doctor se dejó igualmente sorprender por Teófilo contra san Juan Crisostomo, hasta el extremo de traducir en latin una obra que este obispo habia compuesto en griego contra la memoria de este Santo.

este tiempo volvió á encontrarle para instruirse en lo restante de la conducta espiritual.

Este Deroteo era Tebaido, y habia sesenta años que moraba en una caverna cuando Isidoro le confió el cuidado de Paladio Su modo de vivir era muy duro y difícil de suportar. Durante el día lo mismo que durante el más fuerte calor del medio día, recogía piedras en el desierto que estaba en la orilla del mar, con las cuales construía celdas para aquellos que no se las podían construir, edificando una todos los años.

Paladio un día le hizo presente como atropellaba su cuerpo fatigándolo en edad tan avanzada con los trabajos excesivos y calores insoportables; pero él le respondió: « Lo quiero atormentar, porque él me atormenta á mí. » Vivía con tanta sobriedad que su alimento consistía en seis onzas de pan por día con un pequeño puñado de hierbas, no bebiendo más que un poco de agua.

En todo el tiempo que Paladio vivió cerca de él, nunca le vió estender sus piés, ni meterse en la cama para dormir; sino que estando sentado pasaba la noche haciendo cuerdas de corteza de palmera para ganar su vida con el trabajo de sus manos y sólo trabajando ó comiendo dormitaba alguna vez cuando se sentaba rendido por las ganas de dormir. Paladio confiesa que no concibiendo como podía suportar un género de vida tan austera, llegó á pensar si sólo vivía así cuando él estaba presente. Tomó informes de muchos solitarios que habían sido sus discípulos, quienes vivían despues á su manera en singular virtud; y le respondieron que habia vivido así desde sus primeros años. En otra ocasión Paladio queriendo, en cierto modo, obligarle á acostarse un rato encima una estera de juncos á fin de descansar, le dijo, como mostrándosele de mal agrado: « Cuando vos persuadireis á los ángeles el dormir, lo podréis persuadir á aquellos que quieren progresar en la virtud. »

Por último, dice el mismo autor, un día á la hora de nona me envió á sacar agua de su pozo. Como yo me aproximase al pozo, ví dentro un áspid, el que me atemorizó tanto que al momento me dirigí hacia él, y le dije : « ! Ah ! Padre mío, estamos perdidos : he visto un áspid dentro del pozo. El moviendo la cabeza se sonrió, y con toda dulzura me respondió, pues él me trataba con extrema bondad : « Si el demonio excogitara el tirar áspides y otras bestias venenosas á todos los pozos y fuentes, por ventura ya no beberiais más ? » Se levantó enseguida, se fué al pozo, y arrojándose con la señal de la cruz dijo : « Toda la malicia del demonio queda desarmada en presancia de la cruz. » Al mismo tiempo tomó agua y bebió en ayunas.

---

#### SAN SERAPION EL SINDONITA <sup>1</sup>.

La conducta de este santo solitario desde el principio pareció tan extraordinaria á los que ignoraban las diferentes rutas por las cuales el espíritu de Dios conduce á sus elegidos, que fueron tentados de confundirla con la de aquellos monjes vagabundos que no tenían otra regla que el capricho y la inconstancia de su corazón.

Pero hay en el mundo ciertas demencias que á los ojos de Dios son altas sabidurias. Hay conductas opuestas á la prudencia humana que Dios las justifica con las maravillas de su gracia y de sus prodigios. Hay, por fin, ciertos estados de virtud que durante algún tiempo permanecen ocultos á los ojos de los hombres por ser excepciones á las reglas ordinarias, con los cuales Dios manifiesta la verdad por la gloria de sus Santos, quienes no se han hecho des-

<sup>1</sup> Paladio — Los Bolanditas — *Vitæ Patrum*.

preciables al juicio del mundo más que para dar al Señor una gloria más pura y más desgajada de todo interés propio.

Esto es lo que se debe considerar leyendo la vida de san Serapión el Sindonita para distinguirlo de esos religiosos errantes, que pasando de una provincia á otra sin jamás detenerse en ningún monasterio ni en ninguna celda han sido justamente condenados por los ancianos Padres de la soledad. Si Serapión tuvo las apariencias de aquellos yendo de un lugar á otro, no tuvo ni su inestabilidad ni sus defectos. El espíritu de Dios le animó y le acompañó por todas partes, y siempre pareció que su conducta, aunque extraordinaria, era una verdadera sabiduría evangélica.

Era de Egipto, é hizo profesión de la vida solitaria. Aunque no hubiese estudiado ; no por eso dejó de aprender de memoria toda la sagrada Escritura. Se le dió el nombre de Sindonita, porque habiéndose despojado de todo, no había querido poseer más que una camisa de tela ordinaria sólo para cubrirse. Este admirable desprendimiento de todas las cosas junto á la austeridad de su vida le hizo llamar Serapión el Impasible.

La continua meditación de las santas Escrituras hizo tan profundas impresiones en su corazón, que no pudiéndose retener en el descanso de su celda, salió de ella, dice Paladio por quien tenemos su historia, no por algún deseo terrestre, sino por sentirse obligado á abrazar una vida apostólica. A lo cual podemos añadir que Dios queriéndose servir de él para la conversión de muchos pecadores, lo hizo pasar á diferentes lugares según los designios de su Providencia.

Se puso á viajar por países diversos, conservando en cualquier parte que estuviera, el espíritu de pobreza, de retiro y mortificación de un verdadero solitario. Habiendo llegado á cierta villa que su historia no nombra, se vendió